

Paráfrasis

Era un placer quemar.

Era un placer especial ver las cosas consumidas; verlas ennegrecidas y transformadas.

Con el cóctel molotov en la mano, los penachos de gas lacrimógeno y las explosiones de queroseno venenoso explotando en la calle, la sangre le latía con fuerza en la cabeza. Sus manos eran las de un director de orquesta asombroso que interpretaba todas las sinfonías del fuego y de las llamas para derribar con esos acordes infernales los jirones y las ruinas tiznadas de la historia.

Con el pasamontañas cubriendo su cabeza y rostro; con su cuerpo protegido por un escudo hechizo manufacturado a partir de una señal de tránsito arrancada de cuajo; y con sus ojos, todos de llama naranja, pensando en lo que vendría después, encendió la mecha de la molotov, la lanzó y las dos policías se incendiaron en un fuego voraz que tiñó sus rostros aterrorizados de rojo, amarillo y negro. Caminaba entre un enjambre de luciérnagas ardientes y el espectáculo de ciencia ficción que ofrecían los punteros láser cuando cubrían el aire como una telaraña fosforescente. Deseaba, sobre todo, como en un viejo chiste, sentarse en una de las mesas playeras saqueadas y colocar unas brochetas de carne en una de las fogatas formadas por los libros de la biblioteca municipal que, como palomas moribundas, aleteaban mientras morían en el césped del parque. Mientras, la torre de la iglesia incendiada colapsaba y las cortinas del museo vandalizado ardían en remolinos centelleantes y se las llevaba un viento oscurecido por el humo.

Sonrió con esa feroz mueca que tienen todos los hombres marcados y llamados por el fuego.

Sabía que, al regresar a su pieza, encajada en la esquina superior de un bloque de la villa, podría mirarse en el espejo y darse un guiño, saludarse a sí mismo, un poeta, un trovador de rostro ennegrecido. Más tarde, al dormirse, sentiría la sonrisa ardiente aún aferrada a los músculos de su rostro en la oscuridad. Nunca se iría esa sonrisa, nunca se iría, al menos mientras él recordara.

1.

Introducción: el quinto jinete

*The horsemen are drawing nearer
On leather steeds they ride
They've come to take your life
On through the dead of night
With the four horsemen ride
Or choose your fate and die.*

“The Four Horsemen”, METALLICA (1983)

La secuencia más famosa del Apocalipsis —o Libro de las Revelaciones— comprende los versos uno al ocho del capítulo seis, donde se introduce a los famosos cuatro jinetes: el blanco, el rojo, el negro y el pálido.¹ Cuatro jinetes que le son revelados a Cristo cuando toma un libro cerrado con siete sellos de laca que encuentra en el apoyabrazos del trono de Dios, insinuado y tentador, reposando, al lado de la fornida y cálida mano derecha del supremo padre. Una vez que los ángeles, arcángeles y otros etéreos seres que componen la corte celestial le manifiestan que es digno de abrir ese libro en virtud de su sacrificio, comienza a retirar los sellos y desata sobre el mundo las mortales consecuencias advertidas y anunciadas.

Es evidente el origen de la aterrizante imagen de los jinetes infernales. Desde tiempos inmemoriales la historia de la civilización humana ha estado asediada por jinetes, pueblos bárbaros que surgen de los bosques, que bajan de las estepas, que descienden de las montañas, que emergen de los desiertos o que desembarcan de sus botes anfibios, con sus hachas y cuernos luego de épicas travesías marinas. Persas y babilonios, egipcios y romanos, chinos e indios, griegos y celtas fueron en algún momento asediados por godos y escitas, hunos y sármatas.² Al final, detrás de esas

1. Para un análisis histórico-teológico de la iconografía apocalíptica y su influencia cultural, ver Emerson y McGinn (1992) *The Apocalypse in the Middle Ages*; Kovacs y Rowland (2004) *Revelation: The Apocalypse of Jesus Christ*; y Colish (1999) *Medieval Foundations of the Western Intellectual Tradition*.
2. Sobre las grandes migraciones de la Antigüedad tardía y su impacto en la transformación del mundo romano, ver Heather (2010) *Empires and Barbarians: The Fall of Rome and the Birth of Europe* que ofrece un análisis comprehensivo de cómo las migraciones bárbaras redefinieron las fronteras políticas y culturales del Imperio romano tardío; y Halsall (2007) *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568* que examina en detalle los procesos de asentamiento y la continuidad institucional durante el período de transición entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Estos trabajos fundamentales ilustran cómo las migraciones no fueron simplemente invasiones destructivas, sino procesos complejos de transformación social, económica y política.

hordas de jinetes lo que venía inexorablemente eran olas hambrientas de migración humana, masas desplazadas, refugiados desesperados arrastrando sus precarias pertenencias por los caminos de Eurasia. Y esas vanguardias montadas traían la muerte para los civilizados patricios que alarmados los veían acercarse desde las almenadas murallas de sus ciudades. Traían hambre y enfermedad, traían guerra, traían necesidad, traían el apocalipsis.

Es parte de la historia de las civilizaciones cómo, a veces, se lograba capear la tormenta humana que se desataba sobre los reinos e imperios; pero parece que la mayoría de las veces no. Ramses III logró derrotar a los pueblos del mar³ en el delta del Nilo y Alfredo el Grande frenó a los vikingos en los pantanos de Somerset, pero Roma fue saqueada y también Bagdad. Los hunos cabalgaron sobre media Europa y los otomanos asaltaron la otra mitad; los arios descendieron a conquistar India y los Wuhu, los cinco pueblos bárbaros, colapsaron los reinos del norte de China. Quizás la mayor cantidad de veces no pudieron ser rechazados y terminaron atravesando las defensas, doblegando a las guardias fronterizas y ocupando el espacio anteriormente resguardado. Desesperados, acarreando su hambre, su desarraigo y la pobreza de sus familias, terminaron penetrando, a integrarse o a saquear, a negociar o guerrear, a cultivar o comerciar, a procrear, a robar, a amar, a odiar y todo lo demás. Naciones enteras que existen hasta el día de hoy trazan sus orígenes en algún apocalipsis traído por jinetes como esos que, nos dice la Biblia, Cristo desatará cuando, cual Pandora, lo venza su curiosidad: magiares que hoy son húngaros, otomanos que hoy son turcos, sajones que hoy son ingleses, visigodos que hoy son españoles, lombardos que hoy son italianos, los kirguizos de Kirguistán, los kazakos de Kazajistán y, por cierto, los búlgaros. Y claro, por nuestra América también aparecieron los jinetes. Los divisaron las unidades de reconocimiento que mandaron Moctezuma y Atahualpa que, para desgracia de sus reinos, no supieron alarmar lo suficiente a sus superiores mientras lentamente subían los jinetes por los caminos de la meseta central de México y de los Andes, arrastrando con ellos una nube de plaga, violencia, enfermedad y esclavitud que subía como una gruesa niebla que poco a poco envolvió a los sagrados volcanes y los nobles templos precolombinos. Nuestras naciones son, de un modo u otro, el

3. Los “pueblos del mar” representan uno de los grandes misterios de la historia antigua. Estos grupos marítimos, que incluyen a los filisteos, sherden, tjeker y otros pueblos, jugaron un papel crucial en la transformación del Mediterráneo oriental durante el colapso de la Edad de Bronce. Para análisis recientes, ver Cline (2014) *1177 B.C.: The Year Civilization Collapsed*; Killebrew y Lehmann (2013) *The Philistines and Other “Sea Peoples” in Text and Archaeology*; Drews (1993) *The End of the Bronze Age: Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.* y Bryce (2005) *The Kingdom of the Hittites*. Véase también el paper de Sherratt y Sherratt (1993) “The Growth of the Mediterranean Economy in the Early First Millennium BC”.

resultado de otro de estos apocalipsis. Somos, finalmente, descendientes de los jinetes y además de sus víctimas.

Y también es inescapable el paralelo con las olas migratorias modernas. Causadas, qué duda cabe, por el mismo tipo de tribulaciones humanas de hace milenios: sequía y guerra, hambre y pobreza. Atrás, la fuerza inexorable de la necesidad humana, la vulnerabilidad, el desarraigo, el exilio, la tristeza y el miedo; adentro, las ganas humanas más benignas y comunes: las ganas de trabajar y prosperar, la ternura de procrear y amar, el sobrio deseo de construir un hogar donde engordar y envejecer; pero al frente, como siempre, están los jinetes que, por cierto, hoy montan corceles de acero, de cilindrajes excesivos, y hacen roncar sus motores en nuestras calles para decirnos que no se van, que ya están aquí, por las buenas o por las malas. Los tímidos patricios se asoman por las ventanas y lloran la nostalgia de un mundo que desapareció.

Cristo abre el primer sello del Libro de las Revelaciones y una voz atronadora le dice: “Ven a ver”. Se asoma y ve un caballo blanco. Arriba del caballo un flamante rey con arco y flecha. La imagen de la ambición humana por conquistar y enriquecerse. La imagen de la arrogancia, el fervor y la vehemencia. En la *interpretatio graeca*⁴, que es como se denomina la tendencia de los griegos clásicos a buscar paralelos entre sus dioses y los de pueblos extranjeros, se equiparaba al primer jinete con Zelo, la deidad que personificaba la rivalidad, la envidia y la discordia; hermano de Niké, diosa de la victoria; de Kratos, dios de la fuerza física; y Bie, diosa del poder violento. De un modo u otro, las desgracias que trae el apocalipsis son inseparables de las pasiones más fundamentales que sustentan el deseo humano de progresar. En el panteón romano, Zelo, un hombre, se llamaba Invidia y era una mujer. El egoísta Zelo y la codiciosa Invidia fundidos en una deidad hermafrodita vanidosa y amarga.

Cristo abre el segundo sello del Libro de las Revelaciones y una segunda voz de ultratumba le dice: “Ven a ver”. Se asoma y ve un caballo

4. La *interpretatio graeca* fue el método helenístico mediante el cual los griegos identificaban y reinterpretaban divinidades y prácticas religiosas de otros pueblos (egipcios, persas, israelitas, fenicios, frigios) asimilándolas a sus propios dioses y categorías míticas. Así, el egipcio Amón era equiparado a Zeus, Thot a Hermes, o la frigia Cibeles a Rea. Este proceso no era meramente especulativo sino que tenía implicancias culturales concretas: facilitaba la integración religiosa en los territorios helenizados tras las conquistas de Alejandro Magno y permitía a los griegos comprender cosmovisiones ajenas dentro de su propio marco conceptual. El término fue acuñado por el historiador romano Tácito, quien describió, también, el fenómeno inverso, la *interpretatio romana*, y posteriormente adoptado por la historiografía moderna. Ver Burkert (2004) *Babylon, Memphis, Persepolis: Eastern Contexts of Greek Culture* y Assmann (1997) *Moses the Egyptian: The Memory of Egypt in Western Monotheism*. Sobre las personificaciones divinas griegas y su sincretismo con tradiciones orientales, ver Smith (1870) *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*.

rojo. Arriba del caballo un feroz jinete armado con una espada avanza con la vehemencia que le otorga el mandato de invocar la guerra, fomentar la violencia y estimular la barbarie fratricida. Naturalmente, los griegos lo identificaron con Ares (Marte para los romanos), el dios de la guerra.

Cristo abre el tercer sello del Libro de las Revelaciones y una tercera voz retumbante le dice: “Ven a ver”. Se asoma y ve un caballo negro. Arriba del caballo un jinete flaco, famélico, que sostiene una balanza. El jinete dice: “Una pequeña porción de trigo por un pago, y tres medidas de cebada por otro pago; y no te atrevas a tocar el aceite o el vino”. Es la hambruna que los griegos identificaban con la deidad masculina Limos y los romanos feminizaron y renombraron como Fames (de donde viene la palabra inglesa para la hambruna *famine* y el adjetivo castellano “famélico”).

Cristo abre el cuarto sello del Libro de las Revelaciones y una última voz, infernal, cadavérica, de ultratumba, le dice: “Ven a ver”. Se asoma y ve un caballo pálido, casi transparente. Y arriba del caballo el jinete era la muerte y tras él venía el infierno. Y ese jinete venía con el mandato de matar con guerra, hambre, bestias y enfermedades de la tierra. Los griegos lo identificaron con las deidades asociadas a la muerte y la fatalidad: Tánatos, cuyo equivalente romano es Mors (también llamada Letum).

No se sabe muy bien cuál es el origen de la interpretación usual de los cuatro jinetes. La cultura popular nos dice que representan la guerra, la hambruna, la plaga y la muerte. Claramente estos cuatro padecimientos no calzan con los personajes del texto contenido en los versos de la Biblia. Pero sí calzan con su espíritu. Quizás lo que ocurre es que a Juan de Patmos (el *apokaleta*), el supuesto autor del Apocalipsis que nunca se ha podido determinar si existió o quién fue, quizás olvidó a un jinete: Apolo, el dios griego de la medicina, que sin embargo podía enviar plagas y enfermedades con sus flechas. Nuevamente, los precavidos romanos le mantuvieron su nombre, cuidadosos de no ofenderle. Mi sugerencia a Juan de Patmos habría sido un caballo amarillo para este jinete, un color cercano al dorado que se identifica con Apolo, pero con referencias a la tez de quienes padecen una enfermedad. Me puedo imaginar a nuestro señor Jesucristo saltándose un sello en su entusiasmo y curiosidad por leer el libro. Quizás se le pasó el jinete amarillo y sus plagas. Era demasiado interesante el libro. Un error perfectamente entendible.

El mensaje de la secuencia de los cuatro jinetes es bien evidente. Dentro de los mecanismos del progreso humano están contenidos vicios y excesos, decadencias y degeneraciones que, en algún momento, serán cobrados por la realidad. Usualmente la expresión más elocuente de esa cobranza es el exceso de personas, o de patrones de consumo, o de deseos y apetitos,

o de estilos de vida que de algún modo se vuelven poco sustentables. Ya no es posible sostener esa escala demográfica, o esa proporción de la población sin trabajar, o ese estándar de vida, o esa extendida infancia. Como ya no es posible, la realidad genera uno o varios mecanismos de ajuste. Algunos de esos mecanismos son económicos, otros demográficos, políticos y culturales. Todos cumplen con la misma función: contraer a la sociedad a la escala de la realidad, recortar la expansión que fue excesiva, podar, remondar, desbrozar; devolver la escala de lo humano a lo que la economía y/o los ecosistemas pueden tolerar. El problema es, por cierto, que tal como lo enseñan los libros sagrados ese proceso nunca es simple; normalmente es doloroso y traumático, frecuentemente es violento. Algunos se suben al arca, como Noé y su familia; otros se ahogan en el implacable diluvio; unos escapan de Sodoma con la ayuda de ángeles, como Lot y sus hijas; otros arden bajo la lluvia de azufre y fuego. No siempre sobreviven solo los virtuosos y muchas veces pagan justos por pecadores.

Vivimos una época en que han aparecido signos muy claros de decadencia. Hay señales evidentes de que estamos enfrentando un cambio de era. La acelerada ola expansiva del capitalismo comercial y financiero global que vivimos desde fines de la década de los ochenta y que se extendió por casi tres décadas tiene puntos simbólicos de inicio y fin. Los dos puntos iniciales sugerentes ocurren en 1989; podrían ser la propuesta conceptual de la Internet por Tim Berners-Lee en mayo de ese año⁵ y la caída del Muro de Berlín.⁶ El punto final podríamos colocarlo en el continuo temporal que va entre la declaración de pandemia del covid-19 por la Organización Mundial de la Salud en marzo de 2020, la caída de Kabul de agosto del 2021 y la invasión rusa de Ucrania en febrero de

5. La historia de Internet es el resultado de décadas de desarrollo colectivo. En 1969, Arpanet (financiada por el Departamento de Defensa de Estados Unidos) estableció la primera red de comunicación entre computadoras, sentando las bases de la interconexión digital. Durante los años setenta, Vinton Cerf y Robert Kahn desarrollaron el protocolo TCP/IP, que permitió estandarizar la transmisión de datos entre redes heterogéneas y que sigue siendo el fundamento técnico de Internet hasta hoy. En 1983, Arpanet adoptó oficialmente TCP/IP, fecha que muchos consideran el nacimiento formal de Internet. Sin embargo, fue Tim Berners-Lee quien, en 1989, mientras trabajaba en el CERN, presentó su propuesta *Information Management: A Proposal*, en la que concibió la World Wide Web: un sistema de hipertexto distribuido que haría accesible Internet al público general. En 1991 la Web se hizo pública, y en 1993 el navegador Mosaic popularizó su uso masivo, transformando definitivamente la comunicación global.
6. La caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 fue el desenlace de un proceso político y social gestado durante décadas. Construido en 1961 por la República Democrática Alemana para frenar la emigración masiva hacia Occidente, el Muro dividió física e ideológicamente a Europa durante veintiocho años. Su derrumbe estuvo precedido por las reformas de *glasnost* y *perestroika* impulsadas por Mijaíl Gorbachov desde 1985, las revoluciones pacíficas en Polonia y Hungría, y las multitudinarias manifestaciones en Leipzig durante el otoño de 1989. Una noche, tras un confuso anuncio de un portavoz del Gobierno, miles de berlineses desbordaron los puestos de control. La reunificación alemana se consumó el 3 de octubre de 1990.

2022. Sin duda que esos puntos son simbólicos; muchos de los fenómenos cruciales que explican esa fase de la expansión capitalista vienen de antes de 1989. Por ejemplo, las innovaciones en tecnologías de información y computación que permitieron la creación de la Internet son muy anteriores y la ola de reformas procapitalistas que podríamos agrupar bajo el nombre “revolución neoliberal” recorrieron los años setenta y ochenta; pero la expansión de la globalización que permitieron y habilitaron se produjo a partir de la última década del siglo xx. Del mismo modo, hay eventos simbólicos previos a la pandemia o la invasión de Ucrania que indicaban cómo el mundo estaba alcanzando los límites objetivos de este proceso de expansión y globalización: el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre del 2001, que instaló una duda sobre el ordenamiento geopolítico global centrado en Estados Unidos, y la crisis *subprime* del 2007-2008, que reveló los límites del modelo de capitalismo financiero que había sido tan central a esa fase de expansión de la globalización. Ese enorme ciclo de expansión del capitalismo comercial y financiero (ahora en ralentización) que estuvo asociado, además, a una expansión de la democracia liberal en sus diferentes tonalidades de gris (ahora en retroceso) y también a una expansión hegemónica del liberalismo cultural (ahora bajo asedio), parece estar viviendo una crisis.

Pero cuidado, no es evidente que esa crisis sea “terminal” en ningún sentido de la palabra. Es tentador para quienes, por diferentes razones, objetan el orden económico global vigente durante las últimas décadas, convencerse de las fragilidades del “modelo”, su inevitable derrumbe y la inminencia de un nuevo mundo. Rara vez es así. En febrero de 1848, hace ciento setenta y ocho años, al calor de la dramática crisis política europea que culminó en la ola revolucionaria que conocemos hasta hoy como la Primavera de los Pueblos, Karl Marx y Friedrich Engels explicaban en el *Manifiesto comunista* la manera como el capitalismo contenía contradicciones que hacían inevitable su superación. Más aún, en marzo de 1850, solo dos años después en la famosa Circular del Comité Central a la Liga Comunista que ambos redactaron, se hablaba de la inevitabilidad de la superación de la democracia liberal ya que esta contenía las “semillas” o el “germen” (depende de cómo se traduzca) de su destrucción. Quizás, a estas alturas, quienes albergamos críticas y disconformidades con el capitalismo deberíamos aceptar que este no contiene las semillas de su destrucción sino, más bien, un versátil código genético con una enorme capacidad de adaptación evolutiva. El capitalismo no es un triste organismo darwiniano, atrapado en la fatal espera de ese momento en que el ambiente que lo rodea lo deje obsoleto, temeroso siempre del peligro

de ser sustituido por otro bicho socioeconómico mejor adaptado. No, el capitalismo es un organismo mucho más resiliente que eso, se parece al *alien* de Ridley Scott, capaz de alterar su código genético para adaptarse continuamente, feroz, preparado para convertir a sus rivales en alimento y ambiente embrionario para sus huevos. Cuando se le cree muerto aparece respirando y babeando en nuestro cuello con su sonrisa macabra: duro, inteligente, fuerte, hiperventilado... y hambriento.

Pero decir que la famosa hipótesis marxista de crisis terminal del capitalismo, que refflorece cada vez que este tiene una crisis, puede reflejar excesos de entusiasmo ideológico no significa que no estemos inmersos en un momento de cambios significativos. Puede ser apresurada, reflejo de las ardientes convicciones de quienes adoptaron al marxismo no como un cuerpo filosófico a estudiar sino, más bien, como un sistema religioso a adorar, pero no por eso no puede contener algo de realidad. El hecho de que el capitalismo no muera no significa que no cambie y que el animal que surja, fornido y jadeante, del líquido amniótico, al final de la crisis, no termine siendo muy diferente al que conocemos.

Este libro pretende explicar que nos encontramos en un momento de ese tipo. En eso no es demasiado original. Lo específico del argumento de este texto es que trataremos de demostrar que la mixtura de crisis que vivimos se encuentran relacionadas de un modo profundo, íntimo y conceptual. Y que, en particular, esos dos síntomas que atormentan a nuestra clase política y mundo público, la crisis de seguridad y el estancamiento económico, son, en realidad, manifestaciones de lo mismo: son jinetes de diferentes colores que salen de la misma profecía.

2. La trampa de Malthus

*By a lonely prison wall
I heard a young girl calling
“Michael, they have taken you away
For you stole Trevelyan’s corn
So the young might see the morn
Now a prison ship lies waiting in the bay*

...

*Low lie the fields of Athenry
Where once we watched the small free birds fly
Our love was on the wing
we had dreams and songs to sing
It’s so lonely round the fields of Athenry”*

...

*By a lonely prison wall
I heard a young man calling
“Nothing matters, Mary, when you’re free
Against the famine and the crown
I rebelled, they cut me down
Now you must raise our child with dignity”.*

“The Fields of Athenry” (1979), PETE ST. JOHN
(Himno de estadio de la selección irlandesa de rugby)

An gorta mór

Una de las cosas emocionantes que tiene el rugby internacional son las canciones de cada una de las selecciones. En el caso de Irlanda esto tiene un peso particular, ya que cuando salen a jugar no se presenta el combinado de una sola parte de la isla, sino uno con jugadores de la República de Irlanda y de Irlanda del Norte que, por cierto, también integra al Reino Unido (lo que, curiosamente, no ocurre en el fútbol). Debido a eso, cuando se forman las selecciones para los himnos, no se canta solamente la “Canción de los soldados” (“Amhrán na bhFiann”), el himno de la República o el himno de Irlanda del Norte —que sería el “God Save the King” británico—; más bien se canta un himno especial, unitario, y que se ocupa solamente para el rugby: “El llamado de Irlanda” (“Ireland’s Call”). Pero, además, al

finalizar el himno el estadio usualmente entona “The Fields of Athenry”, una canción que cuenta la historia de un joven irlandés que es apresado por robar trigo o maíz a un terrateniente para alimentar a su familia durante la gran hambruna irlandesa y que es deportado a la colonia penal que el Imperio británico mantenía en Australia. Su mujer va al puerto a gritarle su pena y decirle que se siente sola; él le responde que debe asumir las consecuencias de luchar por alimentar a su familia y rebelarse frente a la Corona, y que ella debe criar sola a su hijo (“con dignidad”, dice la canción). Se emocionan los grandotes irlandeses cuando la cantan en estadios y *pubs*. Hasta el día de hoy los hinchas del Celtic de Glasgow, el equipo escocés de fútbol de fuerte identidad izquierdista, católica e irlandesa, comúnmente cantan “The Fields of Athenry” insertando dentro de la letra gritos de apoyo al Ejército Republicano Irlandés (el IRA) cuando enfrentan al Rangers, su clásico rival de identidad derechista, protestante y británica, en el clásico más antiguo —y quizás más intenso— del fútbol mundial, que los escoceses llaman la *Old Firm*.

Irlanda es, hoy, entre el cuarto y el sexto país con más alto PIB per cápita en dólares a nivel global, dependiendo de cómo se calcule. Solo le disputan la punta de esa tabla de posiciones un conjunto de ciudades Estado dedicadas a la banca, el comercio y las finanzas (Mónaco, Luxemburgo, Liechtenstein, Singapur y Bermudas) y los suizos que, como sabemos, son algo muy parecido. A estas alturas, Irlanda supera significativamente al Reino Unido, su antiguo patrón imperial del que se independizó hace un poco más de un siglo luego de, aproximadamente, novecientos años de fuerte injerencia y presencia colonial de la corona inglesa en la isla, y quinientos de dominación casi total o anexión. Irlanda siempre fue el hermano pobre de lo que los británicos suelen llamar los *home nations*, un lugar fundamentalmente agrícola con algunos enclaves industriales (particularmente Belfast) muy dependientes de la inversión británica. En la actualidad Irlanda es un caso de éxito económico que se extiende más allá de indicadores cuantitativos y se ha convertido en un referente del sistema educativo y de protección social, además de un magneto para emprendimientos y *startups* tecnológicos.

A mediados del siglo XIX, sin embargo, Irlanda no solamente era uno de los lugares más pobres de Europa sino que, entre 1845 y 1852, sufrió una horrible hambruna conocida como la hambruna de la patata o, en irlandés, *An Gorta Mór* (la gran hambruna).⁷ Más de un millón de personas murieron

7. Algunos han alegado que la hambruna se agravó estructuralmente por la exportación continuada de alimentos desde Irlanda durante el período más crítico, mientras que otros enfatizan las limitaciones institucionales y logísticas de la respuesta gubernamental. La cuestión de si el evento

y otros millones emigraron, particularmente a los Estados Unidos, donde todavía hoy casi un 10 % de la población se identifica como descendiente de irlandeses; cifra que en algunos estados, como Massachusetts, se eleva sobre el 20 %. La mezcla de muertes directas por hambruna, caída en la expectativa de vida por desnutrición, caída en la natalidad, alza en la mortalidad infantil y emigración concentrada en la población más joven de la isla fue una suerte de bomba nuclear demográfica. A principios del siglo xx, la población de Irlanda todavía era la mitad de la que tenían a principios de la hambruna, medio siglo antes. De hecho, todavía en 2023 la población consolidada de la República de Irlanda e Irlanda del Norte llegaba a 7.1 millones de habitantes, mientras que en el censo de 1841 —el último antes de la hambruna— se contabilizaron 8.1 millones.⁸

constituye un genocidio o una negligencia criminal sigue siendo materia de debate académico y político. Desde el punto de vista demográfico, Mokyr (1983) demostró que la sobremortalidad fue significativamente más severa en las provincias occidentales de Connacht y Munster, donde la dependencia de la patata era casi exclusiva y la estructura de tenencia de la tierra más precaria. Los estudios de historia económica han señalado, asimismo, la centralidad del sistema de arrendamiento y subarrendamiento (*conacre*) como factor de vulnerabilidad estructural pre-existente. En el plano bioarqueológico y paleopatológico, investigaciones recientes sobre restos óseos hallados en fosas comunes del período han permitido documentar marcadores esqueléticos de desnutrición crónica y enfermedades infecciosas, confirmando y matizando los registros documentales. El impacto demográfico y cultural de *An Gorta Mór* sobre la diáspora irlandesa en América del Norte, Australia y Gran Bretaña ha sido igualmente objeto de análisis desde la historia social y los estudios de memoria colectiva. Para estudios comprehensivos en formato monográfico, ver Ó Gráda (1999), *Black '47 and Beyond: The Great Irish Famine in History, Economy, and Memory*; Kinealy (2006), *This Great Calamity: The Irish Famine 1845-52*; y Donnelly (2001), *The Great Irish Potato Famine*. Para literatura académica especializada, ver Mokyr (1980), “The Deadly Fungus: An Econometric Investigation into the Short-Term Demographic Impact of the Irish Famine, 1846-1851”; Ó Gráda y O’Rourke (1997), “Migration as Disaster Relief: Lessons from the Great Irish Famine”; Solar (1989), “The Great Famine Was No Ordinary Subsistence Crisis”; Guinnane (1994), “The Great Irish Famine and Population: The Long View”; Clarkson y Crawford (2001), “Feast and Famine: Food and Nutrition in Ireland 1500-1920”; Bourke (1993), “The Visitation of God? The Potato and the Great Irish Famine”; Nally (2008), “«That Coming Storm»: The Irish Poor Law, Colonial Biopolitics, and the Great Famine”; Gray (1999), “Ideology and the Famine”; Ó Gráda (2007), “Making Famine History”; Smyth (2016), “The Western Isle of Ireland and the Eastern Seaboard of America: England’s First Frontiers”; y sobre las minorías religiosas, Mohr (2021), “Religious Minorities under the Constitution of the Irish Free State, 1922-1937”. Para la dimensión paleopatológica, ver Geber y Murphy (2012), “Scurvy in the Great Irish Famine: Evidence of Vitamin C Deficiency from a Mid-19th Century Skeletal Population”. Para los efectos de larga duración sobre la diáspora, ver Hatton y Williamson (1993), “After the Famine: Emigration from Ireland, 1850-1913”.

8. El análisis demográfico de Irlanda antes y después de *An Gorta Mór* constituye uno de los capítulos más estudiados de la historia de la población occidental, en parte debido a la excepcionalidad del caso: ningún otro país europeo experimentó en el siglo xix una reducción poblacional de tal magnitud sostenida durante tanto tiempo. Para el análisis cuantitativo canónico de las tasas de mortalidad específicas por edad y las tendencias de fecundidad durante el período, ver Boyle y Ó Gráda (1986), “Fertility Trends, Excess Mortality, and the Great Irish Famine”; y Mokyr y Ó Gráda (2002), “What Do People Die of during Famines: The Great Irish Famine in Comparative Perspective”. Para el patrón regional de la emigración, ver Cousens (1960), “The Regional Pattern of Emigration during the Great Irish Famine, 1846-51”; y Fotheringham, Kelly y Charlton (2013), “The Demographic Impacts of the Irish Famine: Towards a Greater Geographical Understanding” y Gregory y Ell (2005), “Analysing Spatiotemporal Change by Use of National

La causa de la hambruna fue lo que podríamos calificar como una “pandemia alimenticia” resultado de la expansión del tizón tardío de la papa —conocido como *potato blight* en inglés y de nombre científico *Phytophthora infestans*—, que tradicionalmente fue considerado un hongo parásito pero que hoy es clasificado como un oomiceto perteneciente al grupo *Stramenopila*, linaje evolutivamente independiente de los hongos verdaderos y englobado a veces bajo el término genérico de “protista”. La procedencia geográfica exacta del patógeno es aún objeto de debate científico: investigaciones genómicas recientes apuntan a un origen andino (probablemente en Perú) desde donde se habría extendido hacia México y, posteriormente, a los Estados Unidos hacia 1843, llegando a Europa y a Irlanda en 1845. La papa era, por cierto, un producto esencial de la canasta alimenticia de la población del norte de Europa en general y de Irlanda en particular, pero además era masivamente usado para alimentar ganado, por lo que también afectaba la producción de carne y leche. La papa se había vuelto tan importante en Irlanda como elemento central de la dieta de los trabajadores agrarios que se acuñó el concepto de “salario de papa” (*potato wage*) para indicar un salario tan bajo que solamente alcanzaba para alimentarse con papas; algo parecido a lo que hoy llamaríamos un “salario de subsistencia”. En Europa continental, el tizón generó una caída en la productividad agrícola a la que se le atribuyen del orden de cien mil muertes, pero en Irlanda fue mucho peor. Algunos historiadores adhieren a la teoría de que el efecto fue empeorado en Irlanda debido a que la isla tenía poca variedad de cultivos agrícolas (comparada con el resto de Europa) con la papa alcanzando casi la categoría de monocultivo en algunas regiones y, por otro lado, a la baja diversidad genética de las

Historical Geographical Information Systems”. Para la emigración poshambruna y su efecto sobre los niveles de vida, ver Hatton y Williamson (1993), “After the Famine: Emigration from Ireland, 1850-1913”; y O’Rourke (1995), “Emigration and Living Standards in Ireland since the Famine”. Para la revisión econométrica de la variación regional en el cambio poblacional y la caracterización malthusiana de Irlanda prefamélica, ver Kelly y Ó Gráda (2015), “Why Ireland Starved after Three Decades: The Great Famine in Cross-Section Reconsidered”; y Fernihough y Ó Gráda (2022), “Population and Poverty in Ireland on the Eve of the Great Famine”. Para el análisis del impacto de largo plazo de la hambruna sobre la salud y la estatura de los supervivientes, incluyendo la distinción entre efectos de selección y de cicatriz (*scarring*), ver Blum *et al.* (2025), “Scarring and Selection in the Great Irish Famine”. Para el régimen demográfico poshambruna (celibato, nupcialidad tardía y emigración como sistema adaptativo), ver Guinnane (1997), *The Vanishing Irish: Households, Migration, and the Rural Economy in Ireland, 1850-1914*; y Guinnane y Ó Gráda (2002), “Mortality in the North Dublin Union during the Great Famine”. Para la modelización macroeconómica del choque de mortalidad a gran escala y su impacto en el desarrollo de largo plazo, ver Curran y Fröling (2010), “Large-Scale Mortality Shocks and the Great Irish Famine, 1845-1852”. Para el análisis de los efectos de la hambruna sobre la estructura etaria y la “preferencia de dígito” en los censos poshambruna como indicador de envejecimiento prematuro, ver Colvin *et al.* (2025), “Age Structure and Age Heaping: Solving Ireland’s Post-Famine Digit Preference Puzzle”.

plantas debido al uso de una variedad en particular, lo que hacía que la producción agrícola fuera poco resiliente frente a plagas como esta.⁹

Las consecuencias políticas de las hambrunas de la década de 1840 en Europa fueron dramáticas. Hacia 1848, el continente era recorrido por la ola de revoluciones republicanas, liberales nacionalistas y, en algunos casos, protosocialistas, que se conoce como la Primavera de los Pueblos, ya mencionada en la introducción a este libro. Hay un sentido en el que la gran mayoría de estas revoluciones fracasaron en sus objetivos políticos inmediatos (casi todas fueron derrotadas militarmente y/o reprimidas políticamente); sin embargo, una mirada de largo plazo obliga a matizar este juicio, ya que la ola revolucionaria de 1848 fue un momento histórico pivote que transformó la política del continente y del mundo. En gran medida la Primavera de los Pueblos fue el momento inicial de un proceso en que las izquierdas europeas pasaron, de manera progresiva, de ser liberales a socialistas. Fue ese año, después de todo, cuando Karl Marx y Friedrich Engels escribieron el *Manifiesto comunista*, tal como se discutió en la introducción.

Una de las razones por las cuales fue tan importante políticamente la hambruna es porque, aparte de las causas agrícolas, biológicas y técnicas que la explican, en su momento se le asociaron fenómenos políticos y económicos que supuestamente agravaron y profundizaron la crisis. Por ejemplo, en algunos países europeos se tomaron medidas restringiendo la exportación de alimentos, bajando las barreras comerciales a la importación de estos y prohibiendo el uso de granos para la destilación de licores con el objeto de priorizar la nutrición. En resumen, fueron medidas de emergencia como las que toman los países cuando están en lo que se

9. Para el análisis clásico de la dependencia estructural de la economía irlandesa de la papa y las causas del subdesarrollo agrícola prefamélico, ver Mokyr (1983), *Why Ireland Starved: A Quantitative and Analytical History of the Irish Economy, 1800-1850*; y Kelly y Ó Gráda (2015), “Why Ireland Starved after Three Decades: The Great Famine in Cross-Section Reconsidered”. Para el análisis específico del rol de la variedad *Lumper* y la reducción de la diversidad genética del cultivo, ver Bourke (1968), “The Use of the Potato Crop in Pre-Famine Ireland”; y Ó Gráda (1989), *The Great Irish Famine*. Para el enfoque de historia económica de la dependencia agrícola y la ausencia de diversificación de cultivos, ver Solar (1989), “The Great Famine Was No Ordinary Subsistence Crisis”; y Clarkson y Crawford (2001), *Feast and Famine: Food and Nutrition in Ireland 1500-1920*. Para la perspectiva fitopatológica y genética de la vulnerabilidad del monocultivo, ver Ristaino (2002), “Tracking Historic Migrations of the Irish Potato Famine Pathogen, *Phytophthora infestans*”; Yoshida *et al.* (2013), “The Rise and Fall of the *Phytophthora infestans* Lineage that Triggered the Irish Potato Famine”; y Cooke *et al.* (2012), “Genome Analyses of an Aggressive and Invasive Lineage of the Irish Potato Famine Pathogen”. Para la comparación de la vulnerabilidad irlandesa con el resto de Europa, ver Ó Gráda, Paping y Vanhaute (eds., 2007), *When the Potato Failed: Causes and Effects of the Last European Subsistence Crisis, 1845-1850*; y sobre la emigración como mecanismo de alivio del desastre, Ó Gráda y O'Rourke (1997), “Migration as Disaster Relief: Lessons from the Great Irish Famine”.

conoce como “economía de guerra”. En Irlanda, lo poco de esto que se hizo se implementó demasiado tarde. De hecho, durante buena parte de la hambruna, Irlanda continuó exportando alimentos, en particular granos (trigo, avena y cebada) a Inglaterra, donde los precios eran altísimos debido a los elevados aranceles (conocidos como las leyes de granos) que impedían la importación desde Canadá y Estados Unidos. La derogación de dichas leyes era una vieja causa de los liberales ingleses que creían en el libre comercio, pero además les atribuían un encarecimiento de la canasta de alimentos de las clases trabajadoras con el objeto de incrementar las ganancias de los terratenientes (usualmente aristócratas) británicos. La derogación de las leyes de grano fue, de hecho, durante la primera mitad del siglo xix, una de las causas centrales que dividía a la política británica.¹⁰ A las alturas de 1846, con la presión generada por la hambruna y la necesidad de abaratar los precios de los alimentos, las leyes de granos fueron derogadas, pero esto tuvo un efecto inesperado.

Marx y Engels, siempre muy interesados en las razones económicas o si se quiere “materiales”, como dirían ellos, detrás de los fenómenos políticos identificaron uno de estos efectos en el “Reporte sobre el problema irlandés a la Asociación Educativa Comunista de los Trabajadores Alemanes de Londres” de 1867. Al derogar las leyes de grano se produjo un abaratamiento de la canasta de alimentos en el Reino Unido, pero ese abaratamiento solo era relevante para quienes tenían ingresos y muchos agricultores habían perdido por completo sus cosechas de papa, lo que les impedía pagar jornales a la masa de campesinos trabajadores. En definitiva, para muchos de ellos se fue volviendo irrelevante la caída en los precios. Como los agricultores de granos perdieron su acceso privilegiado al mercado inglés y los precios de estos alimentos se desplomaron, a la quiebra de los agricultores de papas se sumó la de los agricultores de granos que simplemente no podían ser competitivos contra la importación desde Norteamérica.

Como si esto no fuera suficiente, una de las expresiones de la dependencia irlandesa de la papa era que buena parte de la riqueza que tenían

10. Las *corn laws* (leyes de granos) vigentes entre 1815 y 1846 constituyeron el eje central del debate político británico de la primera mitad del siglo xix, enfrentando a los intereses agrarios proteccionistas de la aristocracia terrateniente con los industriales librecambistas. Su derogación por el primer ministro conservador Robert Peel en 1846 —apoyado por los *whigs* y contra la mayoría de su propio partido— precipitó la fractura del Partido Conservador y el fin de su Gobierno. Para el análisis de la economía política de la derogación, ver Schonhardt-Bailey (2006), *From the Corn Laws to Free Trade: Interests, Ideas, and Institutions in Historical Perspective*; Williamson (1990), “The Impact of the Corn Laws Just Prior to Repeal”; Irwin y Chepeliev (2021), “The Economic Consequences of Sir Robert Peel: A Quantitative Assessment of the Repeal of the Corn Laws”; y Ward (2004), “The Corn Laws and English Wheat Prices, 1815-1846”.

agricultores grandes y chicos se encontraba en ganado porcino (que se alimentaba con casi un tercio de las papas que se producían). La hambruna, por ende, no fue solamente de seres humanos, sino también de cerdos, y la pérdida de capital de la economía agrícola fue considerable. A esto se añadió otro fenómeno y es que Inglaterra y Escocia se encontraban en medio de la Revolución Industrial, lo que generaba una enorme demanda por lana y, por lo tanto, valorizaba otro tipo de ganado, el ganado ovejuno. Más aún, había demanda por comprar tierra apta para ovejas y convertirla desde la producción de alimentos a la producción de ese insumo clave de la Revolución Industrial. El resultado fue una contracción aún mayor del sector agroalimentario irlandés. Cuánto contribuyeron cada uno de estos factores al colapso demográfico y económico de Irlanda son motivo de debate académico hasta el día de hoy.¹¹ Sin embargo, en su momento se extendió por la isla la idea de que las autoridades británicas habían enfrentado la crisis con indolencia y simplemente habían dejado que las fuerzas del mercado actuaran sobre la población. Se desconfiaba de las intenciones de Londres, incluso sospechando el uso de la pandemia para implementar un genocidio y una limpieza étnica. Hoy nos puede sonar como algo sacado de una delirante teoría conspirativa, pero hay que recordar que en Irlanda, en aquellos tiempos, había profundas razones históricas para esa sospecha.

Las consecuencias políticas de la hambruna en Irlanda fueron simétricas a la intensidad que esta tuvo comparada con Europa continental. Irlanda siempre tuvo un movimiento autonomista (conocido como *home rule*) que se mezclaba con ancestrales conflictos religiosos entre católicos, predominantes en las tres provincias del sur: Connacht, Leinster y Munster, y protestantes mayoritarios en Úlster (la provincia que corresponde, aproximadamente, a lo que hoy es Irlanda del Norte). Estos

11. El debate sobre la ponderación relativa de los factores causales del colapso demográfico y económico irlandés permanece abierto. Las principales líneas de controversia oponen a quienes enfatizan los determinantes estructurales (subdesarrollo económico, minifundismo, dependencia del monocultivo y pérdida de capital ganadero) frente a quienes subrayan la agencia política, esto es, las decisiones del Gobierno británico, el *laissez-faire* y la continuación de exportaciones alimentarias durante la hambruna; a estas se suma una tercera línea que pone el énfasis en la dinámica malthusiana de presión demográfica preexistente. Para la revisión historiográfica canónica de estos debates, ver Ó Gráda (2007), "Making Famine History"; y Mokyr (1983), *Why Ireland Starved: A Quantitative and Analytical History of the Irish Economy, 1800-1850*. Para el impacto del cambio de uso de la tierra y la contracción del sector agropecuario, ver Goodspeed (2016), "Microcredit and Adjustment to Environmental Shock: Evidence from the Great Famine in Ireland"; y Solar (1989), "The Great Famine Was No Ordinary Subsistence Crisis". Para el debate sobre política colonial y exportaciones de alimentos, ver Nally (2008), "«That Coming Storm»: The Irish Poor Law, Colonial Biopolitics, and the Great Famine"; y Kelly y Ó Gráda (2015), "Why Ireland Starved after Three Decades: The Great Famine in Cross-Section Reconsidered".

conflictos religiosos tenían un elemento étnico e histórico de mucho peso debido a que las mayorías protestantes del Úlster tienen sus orígenes en una política de colonización implementada por la Corona británica en el siglo xvii que introdujo colonos protestantes escoceses y del norte de Inglaterra expropiando y desplazando a la población autóctona. Hasta el día de hoy los “escoceses del Úlster” (*ulster scots*) son un grupo étnico que incluso tiene su propio dialecto que descende del escocés (*scots*), idioma de raíz germánica occidental, y no del gaélico irlandés. Y hasta el día de hoy, todos los 12 de julio, en muchas ciudades de Irlanda del Norte se conmemora la batalla del Boyne de 1690¹² en la que se consolidó la victoria de los protestantes sobre los católicos. Así que siempre existió una significativa tensión política, religiosa y étnica en la isla de Irlanda; en consecuencia, siempre existieron sectores que aspiraban a recobrar la independencia. Pero, además, la idea de que la Corona británica tenía la intención de desplazar étnicamente a los irlandeses de origen celta y persuasión católica para reemplazarlos por protestantes escoceses e ingleses tenía un antecedente histórico elocuente.

Hasta mediados del siglo xix, los movimientos independentistas irlandeses habían tenido pocos éxitos que mostrar y, más bien, se percibía un nivel significativo de asentamiento del dominio británico sobre la isla. Más aún, en los procesos electorales de Irlanda tendían a predominar los conservadores (los *tory*, como dicen los ingleses) leales a la Corona protestante. Se les suele adjudicar los orígenes de un movimiento independentista más robusto, justamente a la hambruna de la patata. Esto ocurrió debido a los niveles de descontento y deslegitimación del Gobierno británico entre la población irlandesa que se produjo en los años posteriores a la hambruna en que la isla sufrió un colapso demográfico y económico. Los irlandeses le llaman a ese período *An drochshaol*, “la mala vida” o “los tiempos difíciles”. Hasta el día de hoy se argumenta que uno de los factores

12. Una curiosidad es que la batalla del Boyne tuvo lugar en realidad el 1 de julio de 1690 según el calendario juliano entonces vigente (equivalente al 11 de julio en el calendario gregoriano moderno), y la conmemoración del 12 de julio tiene una historia compleja: originalmente era la fecha juliana de la batalla de Aughrim (1691), la victoria militarmente más decisiva de la guerra para los williamitas en Irlanda. Cuando en 1752 se adoptó el calendario gregoriano, ambas fechas quedaron fusionadas bajo el “Doce de Julio”, aunque con el tiempo el Boyne absorbió todo el protagonismo simbólico. Ambas batallas representaron victorias de las fuerzas protestantes de Guillermo III, quien reinaba junto con su consorte María II, sobre las fuerzas jacobitas de Jaime II, el rey depuesto en la Revolución Gloriosa de 1688 y padre de la propia María II. El intento de Jaime de recuperar el trono estableciendo una base de poder en la Irlanda católica fue definitivamente derrotado con la firma del Tratado de Limerick, en 1691. El color naranja que usan hasta hoy los protestantes irlandeses alude a la Casa de Orange-Nassau: antes de ser rey de Inglaterra, Guillermo había sido estatúder (protector militar y jefe de Estado) de las Provincias Unidas (los actuales Países Bajos), lo que explica el color nacional neerlandés y el uniforme de su selección de fútbol.

centrales que giró a la opinión pública irlandesa en contra del Gobierno británico fue que se continuara exportando alimentos a Inglaterra mientras la población local se hambreada.

A fines de julio de 1848 se produce la versión irlandesa de la Primavera de los Pueblos: una pequeña insurrección del movimiento Joven Irlanda (*Young Ireland*) que, si bien no pasó de ser una escaramuza (unos cuarenta y seis policías atrincherados en una casa de campo contra un número mayor pero desorganizado de rebeldes, con dos muertos y algunos heridos del lado rebelde) se conoce hasta el día de hoy con el quizás exagerado nombre de batalla de Ballingarry (o “batalla del huerto de la viuda McCormack”) y es considerada el punto inicial del movimiento independentista irlandés moderno. El año 1858, dos veteranos de esta insurrección exiliados en Estados Unidos, John O’Mahony y Michael Doheny, fundaron la Hermandad Feniana (*Bráithreachas na bhFíniú*), y ese mismo día —el 17 de marzo, día de San Patricio— James Stephens, otro veterano del 48, fundó en Dublín la Hermandad Republicana Irlandesa (*Bráithreachas Phoblacht na hÉireann*), con Thomas Clarke Luby como figura central del acto fundacional. Estos dos movimientos, que luego serían conocidos por el apodo político “feniano” son los que terminarían dando lugar a la fundación del Ejército Republicano Irlandés (IRA) y culminaría en la proclamación de la República de Irlanda, en 1919 y, luego de una relativamente breve guerra, en la proclamación del Estado Libre Irlandés, en 1922. Es probable que la independencia de Irlanda hubiera ocurrido igualmente, pero es interesante notar el efecto catalizador social y político que tuvo la hambruna.

La historia de la hambruna de la papa en Irlanda y de sus consecuencias sociales y económicas ilustra varios fenómenos que son de interés para el argumento que buscamos desarrollar en este texto. Hay una nutrida literatura de historia económica que aborda las causas de la hambruna y de su feroz intensidad en esa isla, pero es imposible no notar que la población de la isla alcanzó su máximo histórico justo antes de la hambruna. Más aún, si se compara la población de la isla de Irlanda medio siglo antes de la hambruna (estimaciones de población de 1791) y medio siglo después (1901) son muy similares: algo sobre los cuatro millones. De hecho, el período previo a la hambruna es uno de los de más alta tasa de crecimiento de la población de la isla con tasas anuales de crecimiento sobre 1 % anual, con varias décadas promediando sobre 1,5 % o incluso 1,7 %. Son tasas altísimas que solamente pueden haber sido sostenidas por un auge económico. La razón es que la masiva conversión de Irlanda en un proveedor de alimentos de la Inglaterra de la revolución industrial fue,

durante mucho tiempo, un modelo económico exportador tremendamente exitoso. En cierta medida, lo que le pasó a Irlanda durante la primera mitad del siglo XIX fue similar a lo que vivió Chile en la década de 1990. Había un fenómeno de expansión de la economía capitalista global al cual, de un modo u otro, ambos países tuvieron un acceso privilegiado. En el caso de Irlanda el fenómeno fue la Revolución Industrial inglesa; en el caso de Chile fue la expansión de la globalización post caída del Muro de Berlín. En el caso de Irlanda el acceso privilegiado era otorgado por ser parte del Reino Unido y estar protegido por las leyes de granos; en el caso de Chile por haber sido uno de los primeros países emergentes en apostar radicalmente al libre comercio, justo antes de que la globalización comercial se pegara uno de sus mayores estirones de crecimiento.

Ese auge económico irlandés de principios del siglo XIX les permitió expandirse; la tecnología y modelo fue la expansión de latifundios agrícolas exportadores y el combustible fue la papa. El auge económico hizo crecer a la población y asentó el poder político británico en la isla, consolidando su dominio colonial. Es imposible no ver en la hambruna un proceso de ajuste de esa expansión que revela la no sostenibilidad del proceso y que termina retornando la población a sus niveles anteriores. El modelo de producción agrícola y latifundista que se había implementado y extendido simplemente no era sustentable. El mecanismo de ajuste fue el hambre.

También es importante notar que el proceso de ajuste no fue neutro en términos históricos y no es, meramente, un fenómeno correctivo. La crisis tuvo consecuencias históricas: en este caso, terminó sembrando las semillas del independentismo. Uno solo puede especular si es que, en ausencia de la hambruna de la patata, Irlanda sería hoy independiente o si sería algo parecido a lo que es Gales o Escocia, un territorio autónomo, dentro del Reino Unido. Los que conocemos esos países sabemos que no es inconcebible. Nunca lo sabremos.

El economista sombrío

El año 1798 se publicó en Londres, en forma anónima, un libro breve titulado *Ensayo sobre el principio de la población*. El libro generó una enorme polémica pública y, por lo tanto, resultó relativamente inevitable que se terminara por identificar al autor, el pastor anglicano Thomas Malthus, quien, a raíz de esa publicación, se convirtió en uno de los precursores de la demografía y la economía laboral.¹³ La influencia del texto no se puede

13. Thomas Robert Malthus (1766-1834) fue un clérigo anglicano, demógrafo y economista político. En 1805 fue nombrado Professor of History and Political Economy en el East India College de Haileybury (Hertfordshire), siendo la primera vez en Gran Bretaña que las palabras